Contenido espiritual del nombre "Hijas de Jesús" en la Madre Fundadora

Ma Isabel G. Garcimartín, FI

Artículo extraído del libro "Un camino entre dos fechas" 1871- 1971

CONTENIDO ESPIRITUAL DEL NOMBRE “HIJAS DE JESÚS” EN LA MADRE FUNDADORA

Mª Isabel G. Garcimartin, F.I

Tomado de “Un camino entre dos fechas”
1971

No hay otro camino para ir al Padre sino Cristo, ni otra Verdad, ni otra Vida que El mismo. Viviríamos con riesgo de desorientación, de error y de muerte, pero vino en nuestra ayuda. El hijo de Dios se nos entrega y desde Él tenemos a qué atenernos. Poseemos un camino que sale al encuentro, que se da, que es gracia. ¡Felices los que se han encontrado con Él y siguiéndole se han saciado de su verdad y de su vida!

Estas personas, unas veces conocidas por muchos, otras, desde puestos humildes, pasando desapercibidas aparentemente, dejarán como huella de su vida, un bienhechor rastro de luz que ejerce misteriosa y salvadora influencia. En ellas se dará un doble movimiento: por un lado, son dóciles a la gracia del bautismo que las identifica con Cristo, y por otro, se proyecta con la fuerza expansiva de estos dones, en una fecunda acción apostólica. Dios hace que este milagro se realice en todos los tiempos, en todos los medios sociales, a todas las edades. Bien es verdad que las formas de respuesta son múltiples, según la determinada misión que Dios señala.

Se trata en nuestro caso, de descubrir a Cristo en la vida y los escritos de la M. Cándida. Pero, nos preguntamos, bajo ¿qué aspecto? En ella las obras nos ofrecen suficiente garantía para afirmar que la gracia no fue estéril y que la Verdad en la que asentó todos sus afanes, no la defraudó. A su muerte sintió que su existencia, toda para Dios, estaba totalmente realizada.

Juana Josefa es cristiana con todas sus consecuencias. Aquí radica su decisión de consagrarse a Dios en virginidad y su disposición a poner en marcha una empresa apostólica de grandes aspiraciones si tenemos en cuenta los medios humanos con que contaba. Lo que convence en ella son las obras, no nos cansaremos de repetirlo, que llegan a ser signos de heroísmo, de sencillez, de auténtica interpretación cristiana de la vida, en cualquiera de las situaciones, sobre todo cuando toma sobre sí, la misión de Fundadora y la realiza como resultado de su plena identificación con la voluntad de Dios.

Así, Cándida María de Jesús da a su Instituto una espiritualidad que no puede tener origen sino en la persona de Cristo y en su evangelio.

"Hijas de Jesús" había de ser nuestro nombre

¿Por qué la M. Fundadora eligió el título de "Hijas de Jesús" para su Instituto? Leyendo los escritos se saca una conclusión clara: El nombre encierra un contenido espiritual que supera el simple hecho de su funcionalidad. Es decir: reclama ante la vida una actitud de tensión espiritual y búsqueda de la santidad para quienes se han comprometido a llevarlo. En definitiva, habla de identificación con Cristo y de fidelidad a Él y a su palabra.

Buscando razones que pudieran moverla a adoptarlo, nos encontramos con lo ocurrido en la Iglesia del Rosarillo de Valladolid, hechos transmitidos por la "Reseña histórica" junto con otros datos interesantes para conocer los comienzos del Instituto. Allí se nos cuenta lo siguiente: "...cuando el P. Herranz se disponía a comunicar a su nueva dirigida lo que Dios exigía de ella, se adelantó a demostrar humildemente tal cual le había sido manifestado en la Iglesia de la Virgen del Rosarillo de Valladolid, en un todo conforme con lo que el Señor manifestó al Padre, que había de fundar Juana Josefa una congregación religiosa con el título de Hijas de Jesús, dedicada a la salvación de las almas, por medio de la educación e instrucción de la niñez y juventud femenina…" [1]

¿Hasta qué punto nos está permitido hablar de un acontecimiento extraordinario, origen de toda una espiritualidad cristocéntrica para el Instituto? Nos resulta muy difícil dar un juicio de valor sobre el hecho. Sustancialmente, la futura Fundadora recibió una

fuerte luz interior para ver con claridad qué rumbo quería dar Dios a su vida, hasta entonces en situación de búsqueda. Se le concedió, además, una fortaleza extraordinaria para aceptar la misión de una empresa que humanamente hablando superaba sus aptitudes. La decisión que comunica al P. Herranz es definitiva y no hay indicios de vacilación alguna. Como recibida de la Virgen considera la Madre aquella gracia, misteriosa para nosotros y que juzgamos por su eficacia, posterior. Lo anecdótico cede ante lo fundamental: la Madre se vio invadida por la llamada de Dios y le dio una respuesta positiva e incondicional.

De tal manera interpretó que la Congregación debía llamarse de "Las Hijas de Jesús", que en el proceso diocesano para la aprobación del Instituto no aparecen indicios de que la Madre pensara en otros posibles nombres. En el proceso pontificio, a cuyos trámites finales acudió la Fundadora hubo dificultades de parte de alguna persona de la Curia. No sabemos de más obstáculos a este respecto. Recogemos el informe: Yo quería saber el origen de nuestro nombre, ella me dijo que había de ser Hijas de Jesús como lo quería la Virgen. Y entonces me contó la oposición tan grande que encontró con algunos cardenales que no querían de ninguna manera este nombre para el Instituto, ofreciendo otros, menos el de "hijas". La Madre invariablemente mantenía siempre que no era ella, sino la Virgen la que lo había escogido y no podía poner otro. Al llegar a la Santa Sede, un sí salió de los labios del Papa León XIII: "Hijas de Jesús", había de ser nuestro nombre. Esto lo dijo ella llena de regocijo [2]. Y siempre sumisa ante los deseos de la Iglesia, defiende con energía sus decisiones cuando las considera voluntad de Dios. De ahí deducimos la importancia que tiene su defensa. Finalmente la Iglesia aprobó el nombre formulado tal como nos ha llegado a nosotras.

Desde otro ángulo de visión, hay que admitir la influencia de la Compañía de Jesús también en lo que a este factor se refiere. La Madre adopta las Constituciones de la Compañía y con ellas el cristocentrismo que caracteriza al espíritu ignaciano. En aquel momento histórico de unificación de Reglas para los Institutos Religiosos de vida activa, no le fue posible a la Fundadora mantener las Constituciones como ella había concebido: lo más conforme posible con las de la Compañía. Las dificultades sufridas a este respecto nos dan a conocer el empeño por mantenerlas: "Gracias a Dios estamos en Roma, pero lo que hemos sufrido, sólo Dios lo sabe". El Padre P. ha trabajado para no poner nada de nuestras amantísimas Reglas y reírse bien de nuestro espíritu. Si no venimos, sabe Dios lo que hace, por lo pronto, por Patrones quería poner de su orden (...) de lo que está mandado por la Iglesia no se puede quitar como comprende, pero hemos hecho todo lo que hemos podido aunque no lo que queríamos. Está puesta en manos de Dios nuestra causa, somos "Hijas de Jesús" [3].

El nombre de Jesús es especialmente venerado en la Congregación. El hecho de que no podamos desvincular el nombre de la Persona de Cristo, nos lleva a la conclusión de que todo el culto ofrecido al nombre se dirija a Jesús a quien según San Pablo, Dios exaltó y otorgó el Nombre que está sobre todo nombre y a quien confesamos Señor.

La expresión "Dulce Nombre" hizo fortuna en la piedad cristiana y se ha hecho tradicional. El día de fiesta que la Liturgia le dedicaba ha sido tenido por el Instituto como onomástica. Para esta fecha se hacía una preparación especial y se celebraba la fiesta con gran solemnidad. Tenía un gran sentido congregacional. Las costumbres señalaban numerosas prácticas de piedad para pedir por una intención muy concreta: "que Dios derrame sobre todas y cada una de las Hijas de Jesús la abundancia de sus gracias, para llenar debidamente las obligaciones que nos impone tan santo Nombre" [4]. Lo primitivo

de este aviso nos hace pensar en la influencia que el título del Instituto, centrado en Jesús, ejerce en él. De la Madre se nos dice que “Era loca de amor al Dulce Nombre y quería que en todas partes lo pusieran” [5].

Jesús nuestro Dios

A través de los textos que aluden a la persona de Cristo nos es dado a conocer el significativo doctrinal o ascético que tuvo su nombre en la primitiva tradición de la nueva institución. Conoceríamos así quién es Jesús para la Fundadora, cómo interpreta su vida y sus misterios. Nos gustaría acercarnos lo más posible a su pensamiento, lo que no carece de dificultades, porque un siglo ha modificado mucho las mentalidades y la forma de pensar, también en el campo de la teología. Desde luego, lo mejor de su sentir no lo conocemos muy probablemente porque no nos lo dejó escrito, si bien nos lo dejó traducido en obras. En todo caso las alusiones que hace de Jesús aparecen en comunicaciones personales de cartas formando parte de un criterio que se comunica, de un consejo que se presta, de una vivencia que se trasmite... Estas circunstancias hacen que ella no generalice, sino que piense en una persona determinada, con una situación concreta en las que necesariamente tiene que contar mucho Cristo. El que escriba con el corazón y el que se dé un aspecto circunstancial en las alusiones a Jesús, no restan valor al contenido, al contrario, se nos presenta a Cristo inmerso en la vida. No es teoría lo que encontramos, es llamada a la puesta en práctica de lo que nos enseña "todo un Dios" [6].

En realidad, Cristo es para la Madre ante todo, Dios; la naturaleza divina de Cristo polariza su atención; Jesús es el Dios trascendente más que el Dios encarnado. De esta su postura hacia Cristo y de sus relaciones con Dios Padre, intensísimas, nos parece recoger una idea fundamental: Dios es el fin. En esto se muestra plenamente teocéntrica, en su teocentrismo alcanza un relieve especial y único su contacto con Cristo. Hacemos un breve estudio siguiendo los misterios de la vida de Jesús y algunas devociones que la Madre vivió.

Jesús al hacerse hombre "viene a salvarnos y a llenarnos de gracias" [7].

En otra ocasión, después de recordar a las hermanas la preparación para Navidad, sintetiza el contenido fundamental del misterio: "Cristo viene a salvarnos y debemos corresponder a su gracia y dones". En otra carta escrita en pleno ambiente navideño, dice: "En estos días que celebramos el nacimiento de todo un Dios que por nuestro amor se hizo hombre y nace en tanta humildad y pobreza, debemos alegrarnos mutuamente y felicitarnos en tan alegres pascuas en las que les deseo muchas felicidades y que el recién nacido infante de Belén, les comunique sus gracias y abrase en su amor divino" [8].

La divinidad de Jesús contrasta con la humildad y pobreza que representa tomar nuestra naturaleza. Se siente impresionada ante este anonadamiento y se llena de compasión hasta llorar. Sus hijas ven en estas lágrimas el resultado de su emoción religiosa, la señal de su profunda penetración en el misterio de la Encarnación de Cristo. A este respecto dice una hermana: "Cuánto llorará V. R. estos días, ya me acuerdo de las lágrimas que ha echado tantas veces al ver algún Niño Jesús" [9].

Recomienda en ocasiones la mansedumbre, la caridad, la paciencia... o felicita con toda sencillez: "Yo también deseo para ustedes un feliz año, rico en buenas obras y que el divino Niño las bendiga y haga unas grandes santas” [10].

La intensidad con que celebra el nacimiento de Jesús puede obedecer a muchas causas, aquí nos perdemos en el campo de las comunicaciones del Espíritu, incluso místicas, de las que parece gozó en la primera Navidad. La "Reseña Histórica" dice así: "...las seis hermanas estábamos en una habitación adorando al Niño Jesús y nuestra Madre quedó extasiada con el Niño y nosotras alrededor, así estuvo toda la noche" [11].

La Pasión y la Resurrección de Cristo cobran enorme sentido en su espiritualidad. En el gran capítulo de su dolor, hay enormes lecciones de energía y de amor. Sufrimientos esperados o no previstos, dolor con que se cuenta cuando se ha aceptado de antemano una llamada de Dios. El sufrimiento llega a su tiempo por las mil causas de la vida y es implacable, inevitable. Fue una cruz pesada la suya; salta a la vista desde los primeros contactos con su vida. Cristo únicamente con su dolor redentor, pudo sostener su propio dolor. La Pasión del Señor dio sentido a la suya y es la gran razón para justificar su sufrimiento. En la Fundadora, como persona llamada al apostolado y consagrada voluntariamente a Dios, el dolor es gratuito, como gratuita es su postura de entrega al servicio de los hombres. Toma sobre sí, una empresa que en su origen no podía saber hasta dónde la llevaba. En esta postura de su misión al Señor se mantuvo con una entereza cristiana ante el misterio del dolor, del que tan abundantemente participó. Si éste toma diversas características según circunstancias y causas, tiene un sólo origen: el seguimiento de Cristo: "Las Hijas de Jesús sin padecer no pueden vivir. Jesús sufrió tanto, pues no es extraño que sus hijas sufran por El y sin apartarse nada de su lado" [12].

En las pruebas Dios debe ser bendecido y no sólo porque nos está preparando una eternidad gloriosa, sino porque además, el sufrimiento "la une más y más a Jesús donde está todo su consuelo", participando con El de la resurrección, como ha participado de su pasión. Hermanas que la trataron nos dicen que manifestaba intensa alegría en Pascua de Resurrección, después de la compañía amorosa y compasiva, muy de corazón, en cuaresma y semana santa; parecía como transportada, de tal modo que a su alrededor hacía sentir esta alegría [13].

El Jesús del dolor y la pasión es ante todo Dios: "La cruz está ahora aquí, permanezcamos en ella, ¿hemos de dejarla nosotras estando en ella clavado nuestro Dios?" [14].

Así fue la respuesta de la Madre cuando la hermana que la acompañaba aconsejó dejar la Fundación del colegio de Medina del Campo porque juzgaba ya suficientes las humillaciones sufridas y sin resultado. Reparamos en la insistencia con que destaca la divinidad de Cristo, escondida en los sufrimientos de la pasión para nuestra salvación y nuestro ejemplo.

En relación con la "compasión" que siente hacia Cristo crucificado, está su sensibilidad hacia el pecado, causa de su muerte. La Madre sufre intensamente ante las ofensas que los hombres hacen a Dios y en consecuencia hay en ella un vivísimo deseo de reparación. Son efectos de su íntimo conocimiento de la divinidad y de su penetración en el misterio de la redención donde pecado y dolor están misteriosamente unidos. Recibió por vías extraordinarias también estas vivencias. No sabemos con qué frecuencia se vio iluminada acerca de estas realidades del pecado y de la pasión de Cristo. Conocemos algún hecho que parece ser extraordinario: "Una mañana, estando en Segovia, no recuerdo a punto fijo el año, si fue en 1894, pero sí en el mes de octubre y tal vez durante la octava de Santa Teresa, por la mañana desde que se levantó, durante la oración, y todo el día..., la vimos llorar amargamente en la capilla y fuera de ella. Sufrimos lo indecible porque comprendíamos que algo extraordinario le había sucedido durante la noche, y a las preguntas que le hacíamos, no respondía nada. Principalmente yo la

estrechaba de mil maneras y siempre el mismo silencio por respuesta, hasta que por fin le arranqué el motivo... He visto durante la noche - me dijo toda llena de profundo dolor y amargura amarguísima, he visto al Señor (no sé si me dijo en la cruz o con la cruz) en tal estado: todo ensangrentado y lleno de cardenales y me dijo: "Mira cómo me han puesto los pecados de los hombres". Es uno de los hechos de la vida de la Madre que jamás olvidaré, pues fue una impresión tal al verla como la vimos en tres días, que no se puede nadie figurar sin haberla visto" [15].

Cándida María de Jesús vivía la Pascua, convencida de que esta vida no es más que un paso para la otra donde nos espera el amante Jesús, se determinó a seguirle en el dolor y la alegría, sin rehusar sacrificio alguno, porque la vida de Jesús fue sacrificio. En este sentido escribe: "Aunque pido por todas, lo hice de una manera especial en estos días de Semana Santa y los de Pascua, porque deseo muy de veras que nos reunamos todas algún día en el cielo para cantar con el coro de los ángeles a nuestro esposo Jesús [16].

El Señor no nos ha abandonado, sigue presente entre nosotros de múltiples formas, una de ellas, la Eucaristía, vivida por la Madre de la forma más intensa que nos es dado vivir. Desde niña tiene que luchar con las dificultades que la época le imponía para recibir al Señor, excepcionalmente se le permite comulgar todos los días a la edad de 12 años; su fervor eucarístico va en aumento junto a sus ansias de "ser sólo para Dios". Ya en Burgos, Juana Josefa cambió de trabajo porque los señores de la casa no le dejaban salir a misa todos los días. Siendo religiosa, en plena tarea fundacional, sus ansias eucarísticas se ven alteradas por las enfermedades y los viajes; pero estas circunstancias nos hacen conocer la profundidad de su devoción eucarística: "La obligaron a que tomara algún alimento, se negó y quiso llegar en ayunas a Tolosa para poder comulgar, a lo que tanta devoción profesaba siendo la cosa más dura para ella, el no poder comulgar" [17].

"La vi levantarse estando muy enferma y necesitaba apoyarse en dos hermanas para acercarse al altar, y esto no una, sino varias veces" [18].

La vida de piedad de las primeras Hijas de Jesús gira en torno al sagrario donde encuentran aliento en las no pequeñas dificultades de los primeros años de la fundación, y unión en su fraternidad. Parece ser que fueron de las primeras religiosas que sin ruego de ninguna autoridad eclesiástica, comenzaron a practicar la comunión diaria. La "Reseña Histórica" nos dice:" Preguntó el Señor Magistral si comulgábamos todos los días y habiendo contestado afirmativamente, nos concedió su permiso para seguir ejecutándolo previo el consentimiento de nuestra Rvda. Madre que nos lo concede diariamente" [19].

Jurídicamente hay alguna variante en esta materia. Las normas primitivas señalan: "Tengan como recomendada la comunión diaria". Sin embargo, en la última redacción de las Reglas, acomodada al Decreto “Quemadmodum" de León XIII, se restringe esta práctica: para comulgar con más frecuencia - los días señalados son cuatro a la semana y las fiestas de la Iglesia y patronos del Instituto -, es necesario el permiso del confesor y la hermana tendrá que avisar de ello a la superiora [20].

Por otra parte el sentido moralizante que se da a la comunión queda confirmado en la Regla siguiente donde se advierte la falta de obligación de comulgar estos días, lo que pretende es exhorar a que todas tengan la conciencia lo suficientemente limpia como para poder comulgar [21].

Así las cosas, es fácil deducir un contrasentido entre lo establecido y los deseos eucarísticos de las personas piadosas. Con Pío X cambia la situación.

Cristo, la misma santidad y fortaleza, en expresión suya, es su gran consuelo, el centro de su vida espiritual; tiene verdadera obsesión por recibirle. Su trayectoria eucarística termina con aquella respuesta significativa en su última enfermedad: "¿Qué dice?, ¿si quiero recibirle?; no una, sino mil veces si pudiera en este momento" [22].

Ella se maravilla ante el misterio de que "todo un Dios pueda ser comido bajo las apariencias de pan, la divinidad "se humilla por nuestro amor", siendo así que el poder y la grandeza de Dios son tan admirados por ella. A través de la Eucaristía, Jesucristo es el Dios cercano que se une a nosotros por el sacramento. Deber nuestro es recibirle con todo el amor de que somos capaces.

Como buena hija de su tiempo, tuvo mucha devoción al Corazón de Jesús; sin duda le sirvió de estímulo su contacto con la Compañía, encargada de propagarla. Esta fiesta, donde se pone de relieve el amor del Padre en Cristo entregado por nosotros, llegó a tener mucha importancia en el Instituto y se celebraba con gran solemnidad: "Mañana, Dios mediante, tendremos la fiesta del Sagrado Corazón de Jesús, con toda solemnidad, y el Señor expuesto todo el día" [23].

Esta devoción está íntimamente unida a la vida de la Congregación. Al Corazón de Jesús se le encomiendan los problemas, las necesidades, el hacer apostólico: "Por la fiesta del Sagrado Corazón de Jesús hagan todo, aunque sé que lo hacen, con mucha devoción y grandeza, y pidan por mí y por toda la Congregación para que se aprueben pronto las Reglas" [24].

Esta devoción que trata de movernos al amor y a la reparación por los pecados de los hombres iba muy de acuerdo con la manera de ser de la Madre. La inculca a sus hija y hace que se fomente en los colegios como fuente de espiritualidad para las alumnas.

Nos interesa destacar su aspecto cristológico incluso con todo lo que esta devoción tiene de simbólico de lo sobrenatural, tal como desde nuestro actual punto de vista podemos juzgarla.

A partir de estas ideas, para concluir, resumiendo, recogemos el nº 11 del Documento Capitular: "El Instituto según el carisma de la M. Fundadora": "La actitud de la M. Fundadora y la proyección de la espiritualidad ignaciana imprimen en el Instituto un cristocentrismo que dice a la vez relación personal con Cristo y servicio a los hermanos en su seguimiento. Como en la Madre, el amor es el eje de esta vivencia cristocéntrica que ha de traducirse en un deseo ardiente de imitación y de fidelidad. La intensa vida eucarística, infundida a nuestras primeras comunidades, constituye una expresión clara de este cristocentrismo" [25].

Seamos verdaderas Hijas de Jesús

El nombre de Jesús es, pues, fuente de una rica espiritualidad cristológica, pero dice más, alude a unas relaciones filiales para con Jesús; somos sus hijas.

Una breve reflexión teológica puede ayudarnos a entender mejor las relaciones filiales que tuvo respecto a Cristo y su vivencia en la práctica. La filiación puede probarse a través de un doble camino: por vía de adopción o dándole un enfoque trinitario.

Desde el punto de vista de la adopción sabemos por San Pablo que ésta es una participación de la cualidad de Hijo que tiene Jesús. Cristo es para los cristianos "un auténtico principio vital"; transforma nuestro ser radicalmente. Al creer en su nombre, al participar de su gracia por el bautismo, nos hacemos "hijos en el Hijo". Es "el ser en Cristo" que Pablo usa 164 veces.

Si afirmamos esta realidad, inmediatamente se derivan unas exigencias que en la práctica llamamos actitud filial.
Si partimos de la filiación trinitaria, el asunto se plantea así: ¿Somos hijos de la Trinidad o de alguna persona divina en concreto?; la filiación divina es un misterio; el papel de la teología es acercar un poco al hombre a él; por eso está sometida a un desarrollo y a una evolución.
La mentalidad antigua, sobre todo los Santos Padres orientales, mucho más trascendentes que nosotros los occidentales, no tienden a hacer separaciones *y*, al plantearnos la filiación, lo hacen de cara a Dios; para ellos somos tan hijos del Padre como del Hijo.
Hoy se tiende más a personalizar nuestras relaciones con Dios es decir, a expresarlas en estos términos: somos hijos del Padre, hermanos de Cristo.
Hay una realidad cierta: somos hijos de Dios. Depende de cada espiritualidad, con todas las influencias que ésta puede tener, concretizarlo en la Persona del Padre o del Hijo.
Cándida María vivió la filiación en Cristo con la sencillez propia de toda su vida, al margen de todas estas reflexiones que hemos hecho con intención de aclarar su postura. Lo importante es su actitud espiritual, su tensión a vivir en el amor.
Jesús es también el esposo. Realmente, Jesús es el esposo de la Iglesia y sobre su sangre se sella la Nueva Alianza; la consagración religiosa es precisamente el signo de estas relaciones de esponsalidad de que han de participar todos los bautizados.
Jesús es el centro de su ser y de su vida. "Amarle mucho y muy de veras es el impulso unificador de su entrega" [26]. A su conocido consejo: "Tengamos un corazón grande, generoso, sólo para Dios y todo para Dios", había precedido la propia donación total: "Yo toda de Jesús" para a continuación disponerse a hacer la voluntad de Dios: "Decidme, Dios mío, qué queréis que haga, pronta estoy para obedecer en todo" [27]. Ya en su juventud había decidido "ser sólo para Dios" con la misma expresión de carácter absolutista según una tendencia bien manifiesta de su temperamento. Los informes nos hablan de su fidelidad a la decisión: "Toda su riqueza lo constituía su amor a Jesús y éste crucificado. En Él hallaba sus tesoros. Por eso se dio a Él sin reservas" [28].
A la hora de su muerte dice haber vivido en el amor con el lenguaje de siempre: la entrega exclusiva. "A lo último de su vida el P. Argüelles (o Munárriz) le dijo: "M. Cándida, consuélese con tantos años como lleva de religión. "Y todos para mi Dios, contestó". Tampoco le inquietaba su conciencia. Antes de morir está "tranquilísimamente tranquila". La persona que nos transmite este informe atribuye su paz extraordinaria al amor y a los sufrimientos pasados [29].
Desde esta experiencia personal, marca el ideal de conducta a seguir por sus hijas, es decir, cómo desea a sus religiosas, cómo ha de portarse en su actitud fundamental una "verdadera Hija de Jesús". Desea en ellas, ante todo, un amor fuerte hacia Jesucristo: "Amen mucho y muy de veras a Jesús, que es nuestro Padre, nuestro Todo, porque Él se lo merece todo: nuestro ser y nuestro amor" [30].
Y como el amor trata de complacer a quien ama, hemos de actuar "no disgustando en lo más mínimo a tan buen Padre, que en El todo lo tenemos y sin El, todo lo tenemos perdido" [31].
Una de las características del amor auténtico es la fidelidad igualmente recomendada por ella: "...yo también pido por usted y por todas para que sean muy fieles observantes de las Santas Reglas, votos y Constituciones y de esta manera podremos agradar a Dios...

Dios nuestro Señor se complace en las almas que le son fieles y procuran copiar en sus corazones las virtudes que El mismo nos enseñó con su ejemplo" [32].

"Seamos muy humildes, obedientes, caritativas, observantes de las Santas Reglas, en una palabra, muy fieles esposas y santas Hijas de Jesús" [33]. Un amor fiel haciendo vida propia la de Cristo, en continuo esfuerzo de imitación, de identificación con El, sobre todo en el misterio de la Cruz: "La hija ha de parecerse al Padre, ha de vivir crucificada como El vivió" [34].

En efecto, sabe que del amor se sigue el sufrir porque Cristo hubo de sufrir para demostrar su amor al Padre: "Me complazco en que tengas más hambre y sed de la mortificación, ten entendido que cuanto más me ames, más tienes que sufrir, pues conviene que los que quieren imitarme pasen trabajos, tribulaciones y pobreza. Cuanto más te humilles y obedezcas, más me amas; quiero que seas mortificada y agradecida. Ten paciencia y confórmate con lo que Yo te envíe, guarda bien las Reglas sin faltar ni un punto. Trabaja con amor, no con temor, búscame con alegría y fervor y no con flojedad y turbación" [35].

Este espíritu de abnegación tan arraigado en su corazón queda reflejado para el Instituto en la Regla 11 (1872) y en la Regla 5 (1892): "Admitir y desear con todas las fuerzas posibles cuanto Cristo Nuestro Señor ha amado y abrazado... los que siguen de veras a Cristo, aman y desean intensamente vestirse de las misma vestidura y librea que su Señor... en todas cosas a nosotras posibles le queramos imitar y seguir..." [36]. "Y puesto que Dios fue perseguido y calumniado, las que llevan su nombre, las Hijas de Jesús no han de asustarse de su Cruz"[37]. Ni huir de ella cuando el trabajo apostólico la trae consigo: "Hija mía, la cruz está aquí ahora, ¿hemos de dejarla estando clavado en ella nuestro Dios?" [38].

Es necesario mantenerse fiel en las dificultades de la vida y en su cotidianidad. "¡Qué obligación tenemos de ser santas!" [39].

La santidad que se labra día a día realizando en su plenitud la consagración religiosa, buscando la perfección, "no desmereciendo del hermoso título de Hijas de Jesús" [40].

Santidad que se manifiesta en la práctica concreta de la virtud: "...siendo muy fiel observante de las Santas Reglas, votos y costumbres..., muy humilde, mortificada, obediente, teniendo mucha caridad con todas, cumpliendo con toda exactitud todo lo que le mande hacer y confíe la obediencia, haciendo todas las cosas por Dios y para Dios... imitando a Nuestro Padre... no separándonos nunca de su Divina Presencia, porque si nos persuadimos bien de que estamos continuamente en su Presencia, ¡qué adelantos haríamos en la virtud y qué perfectas serían nuestras obras!"[41].

En esta línea va la Regla que nos pide un esfuerzo de aplicación a las sólidas virtudes y a las cosas espirituales: "Todas las de esta Congregación se den a las virtudes sólidas y a las cosas espirituales"[42].

Una seria obligación de la "verdadera Hija de Jesús" es el perfecto cumplimiento de las Reglas. Las Constituciones precisan los designios de Dios sobre nosotras, son nuestro camino de santidad. El celo constante por no perder punto de perfección ha de llevarnos a buscar esto según el carácter propio de nuestro Instituto: "Amemos mucho a Jesús y seamos verdaderas Hijas de Jesús, observantes de las Santas Reglas..."[43]. A su observancia va unida "la perseverancia - en fidelidad - en la Congregación de las Hijas de Jesús" [44].

Esta vida sacrificada con Cristo, comprometida con una manera concreta de perseguir la santidad ha de aspirar a una meta que no es otra que el mismo Jesús alcanzado para

siempre en el cielo. La Madre vive la filiación y la esponsalidad respecto a Jesús con tensión escatológica: "...para que siendo verdaderas Hijas de Jesús y esposas suyas aquí en esta vida, lo seamos por toda la eternidad en la otra" [45].Le gusta encabezar las cartas así: "Jesús sea nuestra compañía por toda la eternidad" [(45)] bis.

Acostumbrados como estamos a considerar la vida religiosa como una invitación personal al seguimiento de Cristo" [46], no podemos menos de sentir alegría al comprobar el espíritu cristocéntrico que deseó la M. Fundadora para su Instituto y el desarrollo que alcanzó en sus vivencias espirituales, transmitidas a nosotras con tanta espontaneidad y riqueza.

Es indudable que el nombre de "Hijas de Jesús", más que una fórmula fue para ella, y quiso que fuera para sus hijas, una llamada para tener siempre presente lo fundamental: seguir de cerca a Jesucristo por el que se habían arriesgado valientemente a seguir la vocación religiosa en unas circunstancias verdaderamente difíciles, y a cumplir las Reglas y prescripciones concretas de su Congregación.

Jesucristo es el Ideal de conducta, el prototipo de la obediencia, la humildad, la paciencia... pero es también el Padre y el Esposo que está con nosotros, que nos ama y recibe nuestro amor; con el que, tras un seguimiento fiel en esta vida, seremos felices por toda la eternidad en el cielo.

MARIA ISABEL G. GARCIMARTIN, F.I.
Madrid, 7 mayo 1972

NOTAS _____

1.Reseña de algunos hechos del Instituto desde la fundación hasta 1897 (manuscrito), p. 7.
2. In D. 40, M. Natalia Bandrés.
3. MF c. a las MM. del Consejo General, Roma, 11-X-1902.

4. Costumbres-Avisos, 1905.
5. In D 2, H. Perpetua Quirós.
6. MF c. a H. Matilde Barquero, Salamanca, 12-VII-1912.
7. MF c. a H. Antonia Robles, Tolosa, 27-XII-1896.
8. MF c. a H. Antonia Beloqui, Salamanca, 9-XII-1907.
9. c. de la H. Felisa Plaza a la M. Fundadora, 26-XII-1904.
10. MF c. a H. Antonia Beloqui, Salamanca, 6-1-1910.
11. Nazario, Pérez, S. I., "Vida de la M. Cándida María de Jesús, Fundadora de la Congregación de Hijas de Jesús", Casa Social Católica, Valladolid, 1931, p. 64 (citando el testimonio de la H. Gertrudis García, una de las cinco primeras Hijas de Jesús, protagonista de la fundación).
12. MF c. al P. Herranz, Salamanca, 22-IX-1872.
13. IN D 15, M. Petra Calzada.
14. N. Pérez, o. c., p. 242.
15. IN D 1, M. Angela Cipitria.
16. MF c. a H. Wenceslada Hernández, Segovia, 10-IV-1902.
17. Diario de Viajes (manuscrito), Tolosa, 22-V-1891.
18. In D 26, H. Tomasa Díaz.
19. Reseña histórica de algunos hechos del Instituto desde la Fundación, p. 15.
20. Cfr. R. 88 (1903).
21. Cfr. R. 89 (1903).
22. Diario de la Casa Noviciado de Salamanca, 7-VIII-1912.
23. MF c. a H. Antonia Beloqui, Salamanca, 16-VI-1906.
24. MF c. a H. Antonia Robles, Tolosa, 14-VI-1893.
25. DC II, pp. 3-11.
26. MF c. a H. Josefa González, Arévalo, 1-VII-1904.
27. MF ap esp. p. 203
28. In D 15, M. Petra Calzada.
29. ídem.
30. MF c. a H. Josefa González, Arévalo, 1-VII-1904.
31. MF c. a H. Antonia Robles, Tolosa, 9-XII-1889.
32. MF c. a H. Martina Gabirondo, Salamanca, 19-1-1911.
33. MF c. a H. Antonia Robles, Tolosa, 3-1-1893.
34. In D 38, H. Ruperta Pejenaute.
35. MF ap esp., pp. 202-203.
36. Cfr. R. 11 (1872) y R. 5 (1892).
37. MF c. a H. Joaquina Gómez, Roma, 25-IX-1902.
38. In D 15, M. Petra Calzada.
39. MF c. H. Josefa González, Salamanca, 1-XI-1901. ídem.
40. Idem
41. MF c. a H. Sofía Doménech, Salamanca, 29-1-1912 y 11-VII-1912.
MF c. a H. Manuela Arruabarrena, Salamanca, 16-XI-1910.
42. Cfr. R. 16 (1872), R. 11 (1892), R. 91 (1902).
43. MF c. a H. Antonia Robles, Segovia, 22-1-1898.
44. MF c. a H. Wenceslada Hernández, Roma, 29-X-1902
45. MF c. a H. Antonia Beloqui, Salamanca, 12-VI-1906.
45 bis. MF c. a P. Herranz, Salamanca, 16-III-1874.
46. PC 2.



Hijas de
Jesús